

REVISTA DE SANIDAD MILITAR

AÑO III MADRID 1.º DE DICIEMBRE DE 1889 NÚM. 59

LA EXPOSICIÓN DE 1889

(Impresiones de viaje trazadas á vuela pluma.) ⁽¹⁾

Me encuentro ya en la Avenida de la Esplanada, y súbitamente me creo trasladado al extremo Oriente del globo; á mi frente, extendiéndose con su carácter peculiar los edificios donde á la vista está cuanto se conoce procedente de la vasta península, allende el Ganges que, bajo el nombre de Indo-China, encierra con el imperio de Annam sus anejos Tonkín, Cochinchina y Cambodge. Me atrae la reproducción de la gran pagoda, de Ongkor-Wat, resto de antigua civilización hace tiempo muerta, mudo recuerdo de aquel pueblo, poco conocido, fundador del reino de Maha-Nokkor-Khmer en el hoy Cambodge de origen mogol más que ario; suntuosa construcción que la leyenda, siempre mezclada con la historia, especialmente en Oriente, atribuye á un rey leproso; de maciza arquitectura, con profusión de esculturas, serie de torres sobrepuestas, cuyas bases forman como un arco triunfal, conjunto que revela una época muy posterior á las remotas emigraciones originadas por las contiendas entre arios-indos y arios-iranios, y la de los brahmas contra los ksahiyas, fuentes de tantas subrazas y naciones, debiendo, por el sello búdico que se marca en todos los detalles del templo, haber sido el original edificado después de la lucha entre el brahmanismo y el budhismo.

De la Indo-China paso á las colonias neerlandesas, en el mar de la Sonda; dejo á la izquierda las habitaciones de los colonos javaneses, y mis recuerdos me presentan á la imaginación las cabañas de los indígenas de aquellas islas, formadas por bambúes, que se separan del suelo elevándose hasta doce metros, en ellos cortados como escalones para subir á las viviendas, de este modo aisladas, y cuya armazón, también de bambúes, está cubierta de hierba seca, y techada con paja de arroz.

(1) Véanse los números 56, 57 y 58.

Varias de estas chozas constituyen un *hampong*, ó aldea javanesa, donde bayaderas, no sé si auténticas todas, se entregan á los *toppengs*, serie de violentos y desordenados ejercicios de dislocación, baile especial ejecutado al compás de una orquesta (*game-lhang*) que la forman gongs, ó sean campanillas de distintos tamaños, tam-tams, y un violín que no es más que un cazo vacío y la piel de una serpiente, rascada sin piedad con una varilla de cobre.

Ahuyéntanme aquellos inarmónicos sonidos, y tropiezo con un cuadro etnográfico en el que, aun cuando existe lo legítimo, sospecho abunda bastante lo apócrifo. Desfilan por delante de mí annamitanos de cara ancha, aceitunada tez, cabello negro y lacio, nariz pequeña, ennegrecidos sus dientes y sus labios por el uso del betel, con sus largas túnicas de holgadas mangas y sus sombreros en forma de parasol; algunos, empujando los sillones de ruedas que proporcionan á los visitantes descansado medio para recorrer aquellos sitios, otros formando parte del destacamento de tropas indígenas armadas é instruidas á la europea, que montan allí su guardia.

A los annamitanos, siguen los malayos de mirada sombría, negro y abundante cabello y obscura tez; raza mixta, fusión de diversos elementos antropológicos, en la que el proñatismo descubre las semillas etiópica y mogola, y la finura de su pelo, y corrección de líneas revelan parentesco ario. Ostentan sus jubones árabes y calzoncillos de *sharong*, tela de variados dibujos y colores; y sus descendientes los melgaches se alojan junto al pabellón de Madagascar.

Pululan, además, por aquellos contornos, mogoles y manchúes, ramas ya más puras de la raza amarilla, que los etnógrafos modernos han bautizado con el nombre de turania.

Llego á las instalaciones de las colonias y protectorados franceses, y pasando por entre Túnez y Argelia, camino hacia el paradero del ferrocarril Decanville, subo en un carruaje, librándome de la sempiterna cola, é instantaneamente me encuentro transportado al otro extremo, ó sea á l'Avenue de Suffren, enfrente de aquel gran palacio de las máquinas, donde no se sabe lo que más asombra, si el continente ó el contenido.

En aquella extensión de 80.400 metros cuadrados, capaz para servir de albergue á un ejército de 30.000 hombres ó á 14.000 ca-

ballos; debajo de aquellos arcos, modelo de equilibrio y resistencia, hormiguea todo un mundo en sempiterno y vertiginoso movimiento. Las grandes máquinas motrices, con sus gigantescos volantes girando sin cesar; torrentes de luz surgiendo de los motores dinamo-eléctricos, que dan mil vueltas por minuto; otras máquinas fabricando el papel, viéndose las sucesivas evoluciones para convertir el andrajo en blanca hoja pronta á recibir la presión de la pluma ó de la prensa, ó en finísimo para fumar; tintorerías, molinos, telares, turbinas hidráulicas, todo funcionando á la vez; y en el fondo la instalación de Edison, que ocupa 675 metros cuadrados, con sus lámparas incandescentes, fonógrafos, un ferrocarril eléctrico subterráneo, etc., etc., y dominando este cuadro indescriptible, plataformas, á siete metros del suelo, llenas de espectadores, marchando lenta y majestuosamente y dotadas al parecer de voluntad propia, pues reciben la potencia motriz por conductores invisibles de las máquinas eléctricas establecidas abajo, en el pavimento del edificio.

Mi objeto no es hablar de mecánica en general, ni de maquinaria en particular, que aunque quisiera no podría, limitándome, pues, á admirar, y prosigo mi camino en demanda de lo que al *oficio* concierne.

Para ello, pasando de maravilla en maravilla, oprimida mi atención, la vista perturbada y la inteligencia revuelta, atravieso el suntuoso pabellón, debajo de la cúpula central; echo una ojeada á la monumental fuente que representa el carro atascado de la Gironda, artística mole de hierro y plomo, de 40.000 kilogramos de peso; paso junto á la estatua de E. Marcel, en hierro fundido, tal como salió del molde; me extasio contemplando á derecha é izquierda los delicados tapices de Beauvais y Gobelins, y salgo ya á los jardines con sus grupos de colosales estatuas, destacándose la blancura de sus mármoles sobre alfombra de recortado césped; inclino mi frente saludando al genio de Eiffel al encontrarme bajo el prodigioso arco de aquella torre inverosímil, que, al contrario de la que pretendiendo escalar el cielo produjo la dispersión del género humano, agrupa en su recinto á los habitantes de todos los países del globo, unánimes en aplaudir la obra colosal, llamada á estudiar y resolver transcendentales problemas de astronomía, química, física y meteorología en bien de la humanidad entera.

Atravesando el puente de Jena, salgo al fin por la puerta del

Trocadero (conmemorativo de un hecho, del que no quiero acordarme), echando antes desde aquella altura una postrera mirada á las infinitas instalaciones que parecen rendir homenaje á la torre, que todo lo domina; á un lado el pabellón de Bellas Artes, el chalet y lagos suecos, y la serie de habitaciones desde la caverna y las lacustres, hasta las modernas en distintos países; al otro, los caprichosos pabellones de las repúblicas americanas Méjico, Venezuela, Bolivia y el Brasil.

Fuera ya del recinto, me ocurre que debo ocuparme de otros asuntos más enlazados con nuestro cometido, al advertir que, arrastrado por mis recuerdos, he ingerido aquí largo y heterógeneo paréntesis, que presuroso cierro antes de entrar de nuevo en materia, con el traslado al papel de las impresiones por mí recibidas al visitar los hospitales de París.

FEDERICO ILLAS.
Inspector médico.

Valencia, 23 Noviembre de 1889.

HERIDA DISLACERANTE DE LA MANO

PRODUCIDA POR

LA EXPLOSIÓN DE UN CARTUCHO DE DINAMITA

Tengo verdadero gusto en dar á conocer á los lectores de esta publicación, un caso curioso de cirugía marroquí, en el cual se patentiza una vez más el triste estado de abandono en que se hallan las ciencias médico-quirúrgicas en este pobre imperio, y á la vez sirve de motivo la ocasión presente para levantar la voz en aras de los adelantamientos y del progreso continuo de la cirugía antiséptica moderna.

El día 30 de Agosto próximo pasado, á las doce de la mañana, tuvo ingreso en el Hospital de mi cargo el moro *Mojamet Ben Cassem*, que pocos momentos antes había llegado de su campo en súplica de asistencia facultativa. Valiéndome del intérprete pude hacerle el interrogatorio debido, y de él resultan las noticias siguientes: dice el enfermo, que es de treinta y seis años de edad, casado, de oficio labrador, y que no recuerda haber padecido más enfermedad que unas fiebres intermitentes hará unos cinco años. Es de temperamento linfático y refiere: que hacía seis días se hallaba de pie sobre una piedra grande colocada en la mar, cerca de la orilla. Estaba en actitud de observar los pescados que por aquellas aguas pasaban, y provisto en su mano derecha, separada del cuerpo, de un cartucho de dinamita

con espoleta especial ardiendo, sólo esperaba distinguir bajo las aguas el mayor núcleo de pescados para arrojar la dinamita y con su explosión producir la muerte de aquellos seres acuáticos, que después cogería fácilmente. Mas fué el caso que el pobre se distrajo, la espoleta siguió ardiendo y el cartucho hizo la explosión dentro de su mano. El moro continuó de pie, á pesar de aquel estampido tan horrible; sereno, como suelen serlo estos hombres, se miró la mano, que no reconocía por su forma, pero advirtiendo que las fuerzas le iban faltando con la abundante sangre que perdía, se decidió á tirarse á nado y ganar la playa. Así lo hizo, como Dios le dió á entender, y ya en ella fué auxiliado por sus compañeros, que se limitaron á envolverle la herida con un trapo y llevarlo en brazos al aduar vecino, donde llegó presa de una lipotimia.

Aquí empieza á lucir la verdadera ciencia de los moros. Avisan inmediatamente al *Sabio* de la Kábila y éste llega con aire majestuoso, manda ca'entar hasta la ebullición una cantidad respetable de aceite y en este estado mete la mano del enfermo en dicho agradable líquido. Figúrese el lector que sería después de aquellos tejidos irregulares, de aque'las múltiples superficies cruentas. Todo se churrascó, la hemorragia cedió como por encanto á beneficio de un cauterio tan enérgico; pero después: ¿qué había de suceder?; la destrucción de aquellos campos celulares, la muerte rápida de todos los tejidos afectados, la gangrena.

En dicho estado continuó seis días sin más cura que la primera que he descrito; no comió en todo ese tiempo y debió tener fiebre alta por los síntomas que me refiere y por la sed intensa que sentía; pero este síntoma se explica fácilmente después de una hemorragia tan copiosa.

Hubo de celebrarse en el aduar una junta de amigos, y en ella se acordó por unanimidad que el enfermo fuese trasladado á esta plaza para ingresar en el Hospital.

En el acto del reconocimiento presentaba los síntomas y lesiones siguientes: palidez general, múltiples quemaduras de primer grado esparcidas con profusión por el pecho y cara, conjuntivitis traumática en el ojo derecho, pulso dilatado y blando, temperatura de 38°, lengua cubierta de una ligera capa blanquecina, apetito, estreñimiento. La mano derecha se presenta al examen con el aspecto de una masa informe llena de hendiduras profundas, negras y despidiendo el olor característico de la gangrena. No se ve en ella más que el nacimiento de los dedos pulgar é índice; los demás, con parte de sus metacarpianos correspondientes, han desaparecido. Todas estas lesiones terminan en la región carpiana; y en el tercio inferior del antebrazo, sólo

se ve una hinchazón edematosa con alguna vesícula llena de serosidad.

Concepto clínico.—En presencia de una gran herida dislacerante de esta naturaleza, en la que todas las partes blandas se hallan tan irregularmente destruidas, pero todas por igual cauterizadas con el aceite hirviendo, afectadas de gangrena las superficies cruentas, destruidos tres metacarpianos y flojos en sus ligamentos naturales los dos restantes con lesión evidente de sus articulaciones, limitadas todas estas lesiones quirúrgicas á la mano con poca propagación ostensible al antebrazo; y teniendo en cuenta el buen estado general del paciente, su tranquilidad de espíritu, fecha del accidente, los medios empleados, y sobre todo la imposibilidad de abrigar esperanza fundada de curación conservándole la mano, me figuré desde luego que estábamos en el caso de pensar en la amputación inmediata del antebrazo y adelantarnos lo posible á los fenómenos de septicemia que de un modo natural y lógico tenían que presentarse en breve, y que en este caso los conceptuaba retrasados á beneficio del tratamiento *sui generis* empleado en un principio. En vista de este juicio, me limité, por el momento, á prescribir grandes compresas mojadas con frecuencia en una disolución de 2 por 100 de ácido fénico, destinadas á envolver la extremidad afecta, hasta la mitad del antebrazo. Inmediatamente llamé en consulta el médico segundo de este Hospital, D. Emilio Portilla, con el objeto de ver si robustecía mi opinión con su ilustrado criterio, y efectivamente, dicho compañero formó el juicio diagnóstico y terapéutico igual al mío.

Decidida la amputación del antebrazo se dispuso en el acto el instrumental necesario y el apósito completo para la cura de Lister, de cuyo método curativo soy decidido partidario. El Sr. Portilla se encargó de la cloroformización del paciente; al Sr. Sanz Mocete, entusiasta farmacéutico de este Hospital, le di el encargo de vigilar la situación del torniquete de Pettit, que coloqué comprimiendo entre algodones el nacimiento de la arteria humeral; los demás ayudantes de la clase de sanitarios tuvieron también su destino señalado con previsión. Bajo la atmósfera fenicada sostenida por el pulverizador, y una vez cloroformizado el paciente, practiqué la amputación del antebrazo por la unión del tercio inferior con el medio empleando el método circular. Tuve gran cuidado al disecar el manguito, de hacerlo conservando en él todo el tejido celular subdérmico que me garantizaba la mejor nutrición del mismo. Como detalle importante en esta operación, tengo que consignar la escasez de sangre perdida por el paciente durante dicho acto, gracias á la comprensión de la arteria humeral, llevada á cabo de un modo tan exacto, que para distinguir mejor las

arterias cubital, radial y las dos interiores después de seccionadas, me ví en la necesidad de alfojar el torniquete con el objeto de que dichos vasos diesen sangre. Se practicaron con catgut las ligaduras de los mismos; esperé un rato para ver si fluía nueva sangre de alguna arteria insuficientemente ligada, y no habiendo sucedido así, cerré el manguito con tres puntos de sutura, empleando la seda fenicada. En dirección horizontal al brazo, dejé atravesado dentro del muñón, un tubo de desagüe, y después de limpio convenientemente el miembro operado, fui colocando sobre la superficie cruenta, las distintas piezas de apósito que juntas constituyen la cura antiséptica de Lister.

No hubo que lamentar durante la operación el menor accidente quirúrgico, ni otros que suelen presentarse consecutivos á la anestesia.

Desde luego empezó á tomar nuestro enfermo caldos de gallina con frecuencia, é instalado en su sala especial con buenas condiciones higiénicas y absoluto reposo, pasó la noche durmiendo tranquilamente sin quejarse de nada. El día siguiente lo pasó de la misma manera, molestándole únicamente el ojo derecho, afecto como he dicho de conjuntivitis traumática, la que fué cediendo fácilmente con un ligero colirio, compuesto de ácido tánico y láudano, en agua de rosas. A las veinticuatro horas de operado se elevó su temperatura á 38° y 1/2, bajando á la cifra normal al día siguiente para no volver á elevarse. Desde este día, viendo el estado general del paciente, se le empezó á alimentar con carnes y vino generoso.

A las cuatro días de la operación se levantó el primer apósito, toda vez que se hallaba éste traspasado en sus capas más superficiales por los líquidos provinientes del muñón, y era indispensable renovarlo, siguiendo los consejos de la antisepsis para evitar la descomposición de los expresados líquidos, que en suma es el origen de todas las complicaciones infecciosas que se presentan en los amputados.

Al levantar las diferentes capas del apósito listeriano, llamé desde luego mi atención la falta de mal olor, la escasez de líquidos serosanguinolentos que habían manchado el apósito, el inmejorable aspecto de los bordes del manguito, que constituía un muñón perfecto, así como la desaparición de alguno de los cordonetes de catgut que nos sirvieron para las ligaduras de las arterias. Hice algunas inyecciones por el tubo de drenaje que atravesaba la herida, con el agua fenicada al 2 por 100, y casi se puede decir que salió tan clara por una extremidad del tubo como entraba por la otra. Durante esta cura no cesó de funcionar el pulverizador, sosteniendo la atmósfera fenicada alrededor del miembro operado. Se retiró el tubo de drenaje por innecesario, y renovado el apósito, que se hizo más grueso en sus capas, el

enfermo continuó perfectamente, comiendo ración entera y vino generoso.

A los ocho días de esta segunda cura se le practicó la tercera por el mismo motivo que se le hizo la anterior, y entonces ya se notaba que pasado el primer período de mundificación ó limpieza de la herida, nanifiesta en la cura precedente por la exhalación de mayor ó menor cantidad de líquidos sero-sanguinolentos, nos hallábamos en el período de supuración; pero de esa supuración tan loable, tan escasa y tan beneficiosa, que nos conduce á un período franco de granulación de mamelones carnosos, y por consiguiente de separación de los tejidos. Efectivamente, á los diez días de la cura anterior, ó sea á los veintidós de operado, se le varió de nuevo el apósito, encontrándonos con que el interior del muñón se hallaba endurecido, indolente, estaba lleno de tejidos de nueva formación y sólo el espesor de la piel, allá en los bordes lineales de la herida, daba alguna pequeña supuración.

El día 15 de Octubre, á los cuarenta y seis días de operado, se hallaba nuestro enfermo completamente curado de las lesiones que motivaron su ingreso en este Hospital, y si todavía no le he dado el alta, es porque deseo que se consolide bien la cicatriz, máxime teniendo en cuenta las malas condiciones higiénicas en que ha de vivir este pobre hombre cuando marche á su campo.

Me resta únicamente llamar la atención de los ilustrados lectores de la REVISTA sobre las positivas ventajas que se alcanzan en el tratamiento de los traumatismos de importancia y especialmente en los amputados, cuando se siguen de la manera más rigurosa los preceptos del método antiséptico. Creo humildemente que este modo de curar, dados los conocimientos actuales en microbiología é histología patológica, debiera ser obligatorio para todos los traumatismos complicados con herida.

P. FERNÁNDEZ MARISCAL,
Médico segundo.

Chafarinas, Noviembre de 1889.

PRENSA Y SOCIEDADES MÉDICAS

Investigaciones sobre la digitalina cristalizada.—

Al estudiar *M. Arnaud* la tanguina, uno de los principios activos del tanguin de Madagascar, ha visto que tiene tales analogías con la digitalina cristalizada, que se ha visto precisado á estudiar con más detenimiento esta última substancia antes de proseguir sus investigaciones sobre la primera.

Estas dos substancias no azoadas, dice el autor, son, por decirlo así, inso-

lubles en el agua, solubles, al contrario, en todas proporciones en el cloriformo, y muy solubles en caliente en el alcohol de mediana concentración; como no dan glucosa ni ningún otro azúcar reductor ó no bajo la acción de los ácidos diluidos hirviendo, no entran en la clase de las glucosides; resinificándose aún al abrigo del aire, bajo la influencia de los últimos agentes, ambas de la misma manera y sin formación apreciable de producto secundario soluble. Y hasta en la acción fisiológica se parecen, pues constituyen venenos cardiacos de suma actividad, siendo de notar, que en las primeras materias que las producen van acompañados de glucosides propiamente tales, incristalizables, dotadas asimismo de grande actividad sobre el organismo y que pueden en ciertos casos reemplazar los cuerpos cristalizables más ó menos completamente, según las circunstancias de mayor ó menor madurez de la planta.

Los ensayos han recaído sobre digitalina de dos orígenes diferentes, una digitalina fué preparada por el tratamiento de 20 kilogramos de digital de los Vosgos, según el procedimiento de Nativelle, exceptuando la purificación de la digitalina bruta que se ha obtenido por medio de lociones con alcohol absoluto frío.

La digitalina pura se presenta en láminas blancas, brillantes, delgadas y rectangulares, que se extienden paralelamente á sus aristas. Se funde a 24° disolviéndose á 14° en la proporción de 0,25 por %, y haciéndolo igualmente en la bencina hirviendo.

Con objeto de establecer su carácter de principio inmediato puro, el autor ha hecho obrar sucesivamente sobre ella, diferentes disolventes según el método de lociones sucesivas; en cada experiencia se han tomado los puntos de fusión de las partes que entraron en disolución después de la evaporación y los de los residuos no disueltos. Para tres gramos de digitalina pura, se han necesitado nueve lociones sucesivas, cada una de 50^{cc} de alcohol absoluto frío para disolver la totalidad de la sustancia á temperatura de 14°. Cada parte disuelta, á partir de la segunda loción, ha sido de 0,65 gr por 10^{cc} de líquido alcohólico.

La saturación estaba asegurada por una agitación automática de doce horas.

Los puntos de fusión no han variado sensiblemente; pues se han mantenido entre 243° y 245°; la ligera é irregular variación observada, es debida á una alteración superficial de la digitalina producida durante la evaporación y la desecación.

La segunda digitalina examinada ha sido preparada por Adrián.

Dos gramos de este cuerpo cuyo punto de fusión es de 245° á 246° se han lavado con alcohol absoluto en frío por 25.^{cc} empleados sucesivamente como antes.

| | | | Residuo. |
|------------------|--------------|---|----------|
| 1. ^a | loción á 14° | 10 ^{cc} del líquido alcohólico dan | 0,077 |
| 2. ^a | » | » | 0,073 |
| 3. ^a | » | » | 0,066 |
| 4. ^a | » | » | 0,065 |
| 5. ^a | » | » | 0,065 |
| 12. ^a | » | » | 0,064 |

En la 13.^a loción estaba la digitalina en cantidad suficiente para saturar el alcohol; no ha quedado ningún residuo. Se ve que á partir de la cuarta loción se hacen constantes las cantidades disueltas; además, según la solubilidad conocida y por el cálculo, se puede valuar en 2,6 por 100 las sustancias extrañas contenidas en este producto notablemente purificado.

Las lociones con la bencina hirviendo han dado parecidos resultados; han sido necesarias 17 lociones para disolver completamente la digitalina sobre la que se ha experimentado (3.^{er} 435); cada loción ha suministrado por 250^{cc} de disolvente saturado hirviendo, un residuo de 0,^{gr} 175 por término medio; cantidad que varía un poco, según la duración de la ebullición, según la agitación más ó menos viva producida por la ebullición, mantenida generalmente por cinco ó seis horas, y también según el estado de división de la materia. Los puntos de fusión de 243°-245° observados en cada loción, han quedado, como antes, sin cambio apreciable.

En resumen, la digitalina cristalizada constituye una especie química definida, no habiendo necesidad de designar el producto puro bajo el nombre de digitoxina, como por alguno ha sido propuesto, pareciendo que dicha substancia es el tipo de una serie de cuerpos análogos, entre los que es menester colocar la tanguinina, substancias que, bajo ciertas influencias, dan derivados cristalizados, cuyo estudio se hará más tarde.

(*Journ. de Pharm. de Chim.*)

* * *

Orquitis; algodón iodado.—El doctor Dupau ha hecho uso de la aplicación del algodón iodado al escroto en un centenar de casos de orquitis de diversa intensidad, y asegura que recurriendo á este tratamiento desde el principio, ha cedido el dolor á las doce horas, y se ha logrado la curación completa á los tres días.

(*Bull. gen. de Therap.*)

* * *

Glicerina iodada.—Ha observado el doctor Flamucoud que, añadiendo glicerina á la tintura de iodo, aumenta de un modo considerable la acción rubefaciente de esta última substancia; y tratando de explicar este hecho, opina el citado autor que la glicerina impide la rápida volatilización del iodo, y hace así posible el que éste desarrolle toda su acción irritante local.

(*Arch. med. belges.*)

* * *

Cistitis crónica; iodoformo.—El doctor Ludwig Frey aconseja el iodoformo en el tratamiento de la cistitis crónica, cualquiera que sea la causa que la produzca, y dice que ha obtenido con dicho tratamiento muy buenos resultados.

Debe lavarse perfectamente la vejiga con agua caliente, inyectándose luego el siguiente líquido, que ha de dejarse algún tiempo en contacto con la mucosa:

| | |
|---------------------|------|
| Iodoformo..... | 50 |
| Glicerina..... | 40 |
| Agua destilada..... | 10 |
| Goma..... | 0,25 |

Después de agitar la mezcla, se echa una cucharada de ella en una copa de agua templada. Las inyecciones se repiten cada tres días, y es tal el alivio que se experimenta á la tercera ó cuarta inyección, que, por lo general, basta hacerlas desde entonces una sola vez á la semana.

(*Bull. gen. de Therap.*)

* * *

Onixis: láminas de estaño.—Hace pocos meses dió á conocer el Dr. Clemens en la *Allgemeine med. centr. Zeitung* el procedimiento que desde antiguo viene empleando con éxito contra la uña encarnada.

Redúcese á lavar bien la parte afecta en un baño jabonoso y recubrir la uña después de seca con una hoja de papel de estaño que por las partes laterales se introduce entre la uña y la carne, manteniéndose todo en posición con un poco de cera amarilla.

Según el citado autor, la hoja metálica obra mecánicamente y químicamente, pues el estaño empleado contiene hierro, cobre, arsénico, molibdeno, tungsteno y bismuto, y esta aleación, no sólo deseca y cicatriza los tejidos ulcerados, si que también ejerce una acción especial en el desarrollo de la uña cuyo crecimiento regulariza. El apósito se renueva unas tres veces durante los ocho ó diez primeros días de tratamiento; claro es que hay que proibir los baños de pies y dejar reducida la limpieza á repetidas fricciones con una tohalla húmeda.

Contestando á numerosas cartas que ha recibido sobre este asunto, manifiesta Clemens en un segundo artículo, que las hojas ó laminas que él emplea no son esas que envuelven ciertos paquetes de tabaco, sino las llamadas *stanniol folie* en Alemania, *tin-foil* en Inglaterra, *feuilles d'étain* en Francia, y *papel de estaño* en nuestro país; hojas con que vienen cubiertas comúnmente diversas sustancias, entre ellas el jabón y el chocolate. La duración del tratamiento varía según la agudeza ó cronicidad de la afección: corta, cuando la lesión ha sido producida por el uso de calzado defectuoso, y muy larga algunas veces cuando la lesión tiene un origen infeccioso, la sífilis, por ejemplo. De todos modos el tratamiento es de los más sencillós, y los enfermos consiguen levantar pronto el borde de la uña para facilitar la intercalación de la laminilla metálica. Como medio auxiliar y á fin de desecar la piel, recomienda el autor las fricciones con salvado y aún las lociones con una solución ligera de taino y alcohol.

(*Arch. de Med. et de Pharm. milit.*)

* * *

Acción tóxica de la cocaina.—Se suceden con tanta frecuencia los accidentes graves consecutivos al empleo hipodérmico de la cocaina, que no faltará tal vez quien crea conveniente abandonar el uso de dicha sustancia en la práctica quirúrgica; por esto juzgamos de importancia las conclusiones que ha llegado á establecer el Dr. Wolfler, basándose en su propia experiencia y en la de otros profesores.

Es más fácil que sobrevengan fenómenos de envenenamiento cuando la cocaína se aplica en la cara ó en los brazos, que cuando se aplica en otras regiones del cuerpo. Se ha observado también que en las pequeñas operaciones practicadas en las articulaciones ó en el tronco, se puede inyectar sin temor alguno un gramo de una solución al 5 por 100; mientras que operando en la cabeza (boca, faringe, cuero cabelludo, etc.), no debe pasarse de 2 centigramos.

(*Il Farmacista Italiano.*)

SECCIÓN PROFESIONAL

LA COLONIA MILITAR DE ALBERTSTADT EN DRESDE

I

Conocidas son y muy complejas las causas que sostienen la mortalidad de un ejército, figurando sin duda á la cabeza la aglomeración de los individuos en locales poco á propósito para habitados en forma colectiva.

Cuando en importantes capitales tenemos cuarteles de reciente construcción, no podría afirmarse, sin un fondo de injusticia, que en nuestra patria deja en absoluto de atenderse á esta necesidad tan sentida de dar al soldado alojamiento sano; necesidad tantas veces eloquentemente representada en libros y periódicos profesionales, y tantas veces demostrada por estadísticas sin réplica.

Terminado en Barcelona no hace aún tres años, el cuartel de Jaime I, que actualmente ocupan dos regimientos de Infantería, hálblase de la construcción de otros cuarteles en plazo no lejano. No es ahora nuestro ánimo, con la consulta de datos científicos á la vista, someter á minucioso examen la obra edificada y deducir así el lugar y concepto que la misma merece en la serie de construcciones de igual índole llevadas á cabo modernamente en otros países; y auna que nunca quisiéramos que el objeto de un estudio nuestro pudiermomentáneamente desmerecer por nuestro humilde juicio, es bien lamentable ver perpetuados, en edificios nuevos y de crecido coste, rancios defectos.

Las naciones más cultas, advertidas por una triste y larga experiencia, miran con preferente atención este asunto. En la vecina Francia se reforman los antiguos cuarteles y se construyen los nuevos con arreglo á sabias prescripciones higiénicas; las enormes masas de edificio con pisos superpuestos, hormigueros humanos, adquieren, merced á un plan mejor pensado y á una más acertada distribución de los diversos locales, condiciones de salubridad de que primitivamente carecían.

La notoriedad y el justo aplauso conseguidos por Tollet desde la publicación en 1880 de su sobresaliente trabajo titulado *Logementis collectifs*, nos dispensan de insertar detalles referentes al sistema de construcción de cuarteles y hospitales ideado por tan distinguido ingeniero. En uno de los números de la *Gaceta de Sanidad Militar*, año 1884, recordamos también haber hecho alusión á este sistema y notado sus ventajas, al ocuparnos en el estudio de algunas causas de mefitismo é infección, especialmente del suelo; y antes de entrar en la materia que á las presentes líneas sirve de epígrafe, parécenos oportuno consignar las principales modificaciones propuestas por el citado autor, encaminadas á mejorar las condiciones higiénicas de los cuarteles construídos en Francia con arreglo al tipo de 1874. Constan éstos de cuatro pisos; los bajos, dedicados á servicios especiales; dos pisos afectos á la fuerza activa, por secciones de 12 y 14 hombres, y un piso abohardillado para los individuos de la reserva.

Bajo el mismo techo se halla reunido, en cada piso de estos edificios, un número excesivo de hombres, correspondiendo á cada individuo un espacio cúbico insuficiente, que apenas llega á 14 metros de aire confinado. Si aquí se agregan las dificultades de la ventilación y el considerable empleo de materiales en el interior, formando tabiques de sobra é innecesarias subdivisiones, se comprenderán bien las ventajas de la reforma que Tollet aconseja, la cual consiste:

1.º En construir, en el perímetro de los patios, locales á propósito y transportar á éstos los servicios establecidos en los pisos bajos, que quedarían convertidos en seis salas de gran extensión para permanencia de los individuos durante las horas del día.

2.º Consagrar enteramente á los individuos en activo los tres pisos del edificio, en los que se dispondrían dormitorios con 30 ó 40 camas, que, como tales, serían únicamente ocupados por la noche.

Con la desaparición de tabiques, corredores, etc., no sólo disminuyen multitud de superficies interiores, que son focos de infección y obstáculo á la ventilación y la limpieza, sino que aumenta notablemente el espacio cúbico por individuo, llegando, de 14 metros que habían de bastar en las veinticuatro horas, á un minimum de 25 metros sólo para la noche.

Mantener el aire constantemente puro y á una temperatura conveniente, es el principal problema higiénico cuya solución ha de buscarse con infatigable perseverancia y perfecto estudio en todo establecimiento destinado á habitaciones colectivas; y esta solución es todavía más indispensable en los cuarteles, que son morada de hombres jóvenes, expuestos á la acción persistente de múltiples causas físicas y morales, de enfermedad. Para este género de construcciones, nunca

serán bastante encarecidos el acierto en la elección del sitio y del terreno; la aireación general y la fácil ventilación de cada departamento; la escrupulosa limpieza del interior y de los alrededores del edificio en suficiente extensión, etc.: en el presente escrito nos proponemos, especialmente, hacer resaltar la conveniencia suma de que los locales sean ocupados no de un modo permanente, como por rutina viene siéndolo hasta la actualidad, sino con interrupción y de manera que estén debidamente separadas la habitación donde los individuos han de pasar el día y la dispuesta para el descanso nocturno.

Adoptada esta separación en la reforma de que acabamos de hacer mérito, inspirose con anterioridad en idéntico principio, muy sabia y previsoramente, la construcción de los cuarteles que componen la *colonia militar de Albertstadt*.

II

Reorganizadas las fuerzas militares sajonas, en el año 1867, hubo de tropezarse con numerosos inconvenientes de capacidad, distribución é higiene de los cuarteles antiguos en Dresde: pensose entonces en la construcción de establecimientos militares que bastasen á todas las fines de la guarnición aumentada, y se eligió, con tal objeto, un punto fuera de la ciudad. Así ésta obtenia la ocasión de mejorar ciertas calles y llevar á efecto su ensanche, y el ejército lograba instalarse conforme á sus necesidades y aspiraciones.

El Ministro de la Guerra á la sazón, General de Caballería von Fabrice, propuso que dichos establecimientos se levantasen hacia la altura de la floresta de la capital; y aprobado el proyecto por el Gobierno, con acuerdo de la Cámara, otorgose, para su realización, como adelanto, una suma de 18.500.000 marcos.

La colonia militar se halla erigida en un sitio de excelentes condiciones y se extiende en una longitud de 3 kilómetros desde el Waldschlosechen hasta Neustadter Kirchhof.

Un arroyo, llamado de Priessnitz, divide la colonia en dos partes desiguales: una al Este, ocupada por los cuarteles de Infantería, la instalación para ejercicios, y detrás de ésta las estaciones de tiro; la escuela de cadetes y el hospital; otra parte del Oeste del citado arroyo, donde se hallan en el cuartel de los *pioniere* (zapadores) y de los tiradores, con la *halle* ó cobertizo para ejercicios. Al Norte están el arsenal, el edificio de la Administración, el laboratorio de pólvora, la prisión fortaleza, el lavadero, las provisiones, con los locales correspondientes y almacenes; el cuartel de los jinetes de la guardia; del tren y de la artillería, con cuadras, picaderos y cobertizos y ade-

más una gran escuela de equitación. Detrás de los cuarteles están los campos de ejercicio para caballería y artillería.

La construcción de los aludidos cuarteles es conforme al sistema de corredores, consistiendo en una serie de aposentos que ocupan el fondo y el corredor extendido á lo largo lateralmente al patio, que está situado en el centro sólo con relación á las escaleras y á las alas anejas. Consta de *parterre bajo* (subterráneo), *parterre alto* (piso bajo) y tres pisos habitación en los cuarteles de infantería (los de otras tropas tienen dos pisos) con desván ó bohardilla para el vestuario del soldado. (Por la descripción respectiva se notará la diferencia entre subterráneo, piso bajo y los parterres correspondientes).

En el primer parterre se hallan las salas-comedores de la tropa y suboficiales, una por batallón, en algunos cuarteles una por cada dos compañías; en las alas posteriores del edificio están los locales para cocina y lavarse, los baños, lavaderos, talleres de armas de fuego, zapatería y sastrería, cuartos de aseo, caloríferos, depósitos de carbón y para el servicio económico: todos abovedados excepto los comedores y talleres.

El segundo parterre se destina á las habitaciones de los casados de *Feldwebel* abajo (comparable el *Feldwebel* al sargento 1.º de nuestro ejército) contando 15 de éstas por batallón, término medio, y situadas la mayor parte en las alas del edificio con entrada por separado: se componen de un dormitorio y un aposento con cocina. Además están en el mismo instaladas todas las oficinas y las guardias del cuartel, con dos cuartos de arresto, ó corrección, por batallón.

Ocupan la parte central de los pisos, habitaciones de oficiales subalternos casados y de un capitán, además del casino de oficiales, muy espacioso y bien decorado; éste, en los cuarteles de artillería y caballería está en local contiguo.

La tropa tiene sus dormitorios y habitaciones en los demás locales de cada piso y se aloja por compañías en cuartos de 18 á 24 hombres y en salas-dormitorios situadas al otro lado del corredor; de estos dormitorios anejos hay tantos como compañías, en cada piso del cuartel. A cada compañía corresponden también dos cuartos de suboficial, dos cuartos de lavarse abovedados y asfaltados, una escalera (de granito, con tres metros de anchura) y, hacia la parte exterior, el excusado con recipiente de loción desinfectante. Las habitaciones y los dormitorios tienen calefacción central de aire y la conveniente instalación ventilatoria.

Con el completo de la fuerza, á cada hombre corresponden, en cuanto á espacio de habitación, 2 metros cuadrados y de 7 á 9 metros cúbicos; como dormitorio 3,6 metros cuadrados y de 13 á 14,5 metros

cúbicos. (Cada compañía cuenta 150 hombres; en tiempo de paz 120).

Los pisos alcanzan una altura de 3,75 á 4 metros; cada cuartel tiene una entrada principal en el centro y dos entradas con escalera al lado del patio; en todos los cuarteles hay conducción de gas y de agua.

Un gran patio con sólida cerca, cuabras y dependencias, además de un jardín para los oficiales y una buena extensión de parque-bosque destinado á gimnasio, juego de bolos, etc. para la tropa, completan cada cuartel.

(Concluirá.)

J. DEL CASTILLO.

Médico segundo.



VARIEDADES

Ha aparecido la segunda edición de la *Hidrología Médica* del Doctor don Anastasio García López, y de ello se congratula la REVISTA tanto, por lo menos, como el más entusiasta de los periódicos profesionales.

La obra del ilustrado director del balneario de Ledesma es bastante conocida para que necesitemos encarecer su importancia: se la da, y muy merecida, el nombre solo del autor, competentísimo, como todos sabemos, en asuntos de Hidroterapia; la reconoció también, por cuanto creyó de su deber recompensarla, la Real Academia de Medicina; se la otorgaron también los jurados de diferentes Exposiciones; y revélase palmariamente, aparte las consideraciones expuestas, al demostrarse hoy que la *Hidrología Médica* es de los pocos libros médicos españoles que ha habido necesidad de reimprimir.

Damos las gracias al Dr. García López por el ejemplar que de su obra ha tenido á bien dedicarnos; y ya que no sepamos añadir una alabanza más á las que le tributan con justicia todos sus colegas, seamos siquiera de los primeros en felicitarle por la aparición de la segunda edición de su original é interesante libro.



Para el 10.º Congreso médico internacional que, como saben ya nuestros lectores, se reunirá en Agosto del año próximo venidero, se están haciendo en Berlín grandes preparativos; los berlineses procuran dar á este acontecimiento científico todo el brillo y la mayor solemnidad posible.

El Doctor Virchow se ocupa en dar la última mano á una nueva edición de su *Patología celular*, cuya aparición coincidirá con la apertura del Congreso, y para contribuir á los gastos que éste origine, se ha pedido al Ministerio del Interior una subvención de 80.000 marcos.

Guerra y Gifré.



Retirarse con la fuerza de su batallón, Cazadores de Reus, después de la acción sostenida en Masdenverge, conduciendo heridos, fué sorprendido por los carlistas, y no queriendo abandonar su puesto, fué muerto inhumanamente al pie de las camillas.

Este lacónico párrafo con que se cerró la hoja de servicios del ilustrado médico, caritativo

profesor y pundonoroso oficial D. Ramón Guerra y Gifré, constituye por sí solo una de las más gloriosas páginas de la historia del Cuerpo de Sanidad Militar español. Dicho párrafo avivará recuerdos penosísimos que afligirán el ánimo de los deudos y amigos de aquel mártir de la profesión y del deber; empero bueno es que se reproduzca y que su memoria se conserve, porque no han de faltar ocasiones de citarlo, ora como ejemplo en que hayan de inspirarse los que vistan el honroso uniforme

enaltecido por Guerra en el campo de batalla, ora como lección necesaria á los que escatimen consideraciones al noble y sufrido Cuerpo que ha de velar constantemente y ha de sacrificarse, si es preciso, por la salud del soldado.

D. Ramón Guerra y Gifré nació en Garriguella (Gerona) el día 8 de Mayo de 1844; hizo los estudios de Facultad en la Universidad de Barcelona, y allí recibió la investidura de Licenciado en 23 de Junio de 1866. Ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Sanidad Militar el 16 de Agosto del mismo año, y fué destinado sucesivamente al Regimiento Infantería de Galicia, Batallón Cazadores de Mérida, Hospital de Chafarinas, Batallón Cazadores de Santander, Regimientos de Extremadura, San Fernando y Asturias y Batallón Cazadores de Reus.

Desde el año 1872 prestó servicio constantemente en el ejército de operaciones de Cataluña, asistiendo con su batallón á las acciones de San Pedro de Torelló (9 de Mayo), Vallsegre (6 de Junio), Ullastre (9 de Diciembre), Gandesa (1.º de Febrero de 1874), Selva (23 de Febrero), Las Borjas (28 de Abril), Vilabella (18 de Mayo), San Vicente (30 de Mayo), Bellmunt (18 de Junio), La Figuera (11 de Julio), y Masdenverge (2 de Noviembre).

Había sido recompensado por sus servicios en campaña, con dos cruces rojas del Mérito militar, grados de Médico primero y Médico mayor, y una mención honorífica, y desde 18 de Noviembre de 1873, tenía el empleo de Médico primero efectivo.

Si hubiera sobrevivido Guerra al hecho heroico que hizo su nombre venerable, tal vez habría alcanzado fama justa y hubiese conquistado gloria para sí y para sus compañeros; porque aun careciendo de fortuna, sobrabanle para ello inteligencia, honradez, valor y abnegación.

Pero es seguro que, en tales condiciones, su muerte no habría dejado tantos y tan duraderos recuerdos, porque en los tiempos que corren, la indiferencia enorgullece, el olvido se procura como un consuelo, y se marchitan muy pronto los laureles cuando sus hojas no están entretrejidas con las de la palma del martirio.

Muchos días han pasado desde el 2 de Noviembre de 1874; mucho han variado las circunstancias que rodeaban entonces al Cuerpo de Sanidad Militar, y, sin embargo, no se ha desvanecido lo más mínimo el recuerdo que nos legó Guerra en Masdenverge. Ese tarde ó nunca se borraré porque, según proclamó, con razón, el mote heráldico de iustre casa española, *la gloria que se adquiere con la muerte dura toda la vida.*



† *te dura toda la vida.*

